

muerte. Hizo su testamento, y satisfecho en algun modo de perder la vida por una causa santa, lo cual le aseguraba la eterna felicidad, se dispuso á morir con firmeza y valor.

No era posible ocultar mucho tiempo á la princesa Leonor el estado de su esposo; y cuando ella le vió casi ya moribundo, su dolor fué horrible, inmenso; pero colocada por la elevacion de su espíritu en una esfera superior á las demas mugeres, y sintiéndose poderosa con las mismas fuerzas que su amor le prestaba; despues de haber oido explicar los detalles del crimen, hizo descubrir la herida del príncipe, y á riesgo de perderse ella misma, se echó encima del cuerpo, antes que pudiera alguno oponerse á su accion, y se puso á chupar la herida para estraer de esta manera el veneno que dichosamente ella arrojaba al instante.

Los médicos respondieron entonces de la vida de Eduardo, prodigándole toda suerte de cuidados y auxilios los hombres del arte mas célebres de aquella época; él se salvó al fin, y esta dicha inesperada que el ejército atribuyera á un milagro de la Providencia, le infundió nueva confianza y mayor animosidad.

Pero Eduardo no quiso poner á prueba este valor, sino que se aprovechó del terror que su curacion habia inspirado á los infieles, para obtener las condiciones de la paz que deseaba tanto la Europa.

Leonor se sentia dichosa y envanecida por haber conservado la existencia de su esposo, y éste por lo mismo la amaba cada dia con mas ardor y ternura. Dios habia puesto el amor en el corazon de aquella noble muger, no solo para dulcificar su vida y para hacer la felicidad del príncipe, sino para que tambien fuese un dia el medio de salud para su pueblo. Por ese amor podrian los pobres cruzados volver á reunirse con sus familias; porque al conservarles á su gefe les aseguraba igualmente los goces domésticos que habian sacrificado á su noble ambicion religiosa. Sin la accion sublime de la princesa Leonor hubieran quedado abandonados en una tierra estrangera, bajo la influencia de un clima malfico, rodeados de enemigos crueles y vengativos, y á una inmensa distancia de sus hogares; hubieran muerto miserablemente, destituidos de todos los recursos y aun sin la gloria que únicamente podia en tal desgracia consolarlos y sostenerlos.

La Providencia se sirve de mil medios para llegar á sus altos fines. El sacrificio de Leonor fué demasiado importante en sus resultados para no considerarlo como un efecto de la inspiracion divina. Así Dios deposita en nuestras almas algunos sentimientos, que al modo de los granos que se arrojan en la tierra, deben desarrollarse y producir las plantas que han de dar sus frutos segun los tiempos y las necesidades de la sociedad.

HISTORIA DE TOBIAS Y DE SU HIJO.

Tobias era un hombre justo y virtuoso que vivia en el temor de Dios; invirtiendo su fortuna en hacer limosnas, y el tiempo en asistir á los enfermos: así es que todos los pobres le amaban como á un padre, y todos conocian su casa, porque de aquella puerta que les estaba siempre abierta, ninguno salia sin haber sido consolado. Queriendo Dios, sin embargo, poner á prueba su valor, le envió una gran enfermedad. Tobias llegó á perder la vista; y aunque sufriera esta desgracia con la mas humilde resignacion, lo entristeció tanto, sin embargo, que creyó un dia que su última hora se acercaba.

Llamó entonces á su hijo único, llamado como él, Tobias, y le dirigió las siguientes palabras: "Hijo mio, yo voy á morir muy pronto, y tú quedarás solo para consolar á tu pobre madre; ten cuidado de ella y no la abandones jamas. Sé siempre, ¡oh hijo mio! hombre honrado, y no des oidos á los perniciosos consejos de los malvados: ama á Dios con todo tu corazon, porque es el único medio de ser dichoso. Haciendo aqui una pausa, añadió: "Ahora es necesario hacerte saber, que hace mucho tiempo presté una suma de dinero á Gabelo, un amigo nuestro que vive muy lejos de aquí, en el pais de los Medos. Yo te ruego que vayas á cobrar esta suma, y pues que no sabes el camino, trata de encontrar un guia que pueda conducirte."

El jóven Tobias no se parecia en nada á esos niños, que aun cuando obedecen es siempre á despecho suyo y de mala gana. El menor deseo de sus padres era para él una orden que se apresuraba á ejecutar, persuadido de que ellos no podian querer otra cosa que su dicha y bienestar. Los demas padres lo ofrecian como un modelo á sus hijos; y al verle pasar, les solian decir: hé ahí un buen hijo que hará indudablemente el consuelo y la felicidad de su familia.

Tobias salió pues de la casa con el fin de obedecer á su padre, preguntándose á donde podria encontrar un compañero de viage, cuando vió venir hácia él un jóven, cuyo rostro hermoso y apacible le pareció de muy buen agüero. Acercóse Tobias al desconocido, saludándolo, trabaron juntos conversacion y se hicieron al punto conocidos. El jóven de quien hemos hablado se llamaba Azarías, y pertenecia á una ilustre familia: él sabia perfectamente el camino de la Media, y conocia á Gabelo, en cuya casa habia vivido algun tiempo. Tobias le preguntó si queria acompa-

ñarle y servirle de guía en aquel viage. ¡Oh! con mucha voluntad, respondió Azarías; si vuestro padre da su consentimiento, podremos partir al instante: con que en ese caso no teneis mas que hacer vuestros preparativos.

Entonces, asidos de las manos entraron en la casa del viejo Tobías, quien conociendo perfectamente á toda la familia de Azarías, confió á este sin temor alguno aquel hijo tan querido: pero era necesario separarse, y entonces vinieron las lágrimas á los ojos opacos del ciego venerable para atestiguar su dolor; era, sin embargo, mucho mas tierno y profundo el que manifestaba la pobre madre, que no teniendo en el mundo mas objeto de alegría y de consuelo que su hijo, no podia resolverse á dejarlo partir. El anciano, por fin, balbució entre sollozos su bendicion, y Azarías, para calmar un tanto el dolor de aquellos buenos padres, prometió traerles á su hijo sano y salvo: abrazaron ellos entonces por última vez al jóven Tobías, y éste, limpiándose las lágrimas, emprendió con su nuevo amigo el camino de la Media.

El perro de la casa los seguia.

Al cabo de algunos dias de viage, encontrándose Tobías agobiado por el cansancio, se acercó á la orilla de un gran río, cuyas aguas cristalinas excitaban el deseo de bañarse en ellas: él se disponia ya á entrar en el río, cuando distinguió venir hácia él un pescado monstruoso, que abriendo una boca enorme parecia ir á devorarle: “Socorro! ¡socorro! exclamó el jóven Tobías, ¡Estoy perdido!”

Acudiendo presuroso á estos gritos su amigo Azarías, le dijo: “No, no tengais temor alguno: avalanzaos á él, y tiradle fuera del agua hácia la ribera.” Cualquiera otro que no hubiese sido Tobías, habria huido mas pronto sin atender al consejo, y vosotros, queridos niños, hubiérais hecho acaso lo mismo; pero él fué dócil á la voz de su compañero, y atacando valerosamente al monstruo, le arrojó palpitante sobre la arena.—“Ahora, le dijo Azarías, abridle el vientre, estraedle el corazon, el hígado y la hiel, porque son remedios muy preciosos que algun dia deben servirnos; despues salaremos el resto de este pescado para conservarlo de este modo: su carne es muy delicada y con ella podremos alimentarnos hasta el fin de nuestro viage.”

Siguiendo éste sin otro accidente, llegaron á la casa de Raguel, primo de Tobías, que reconociendo á su jóven pariente, lo recibió muy bien, y al cabo de pocos dias vino en concederle por esposa á su hija única, que era de una sin igual belleza. Las bodas fueron magnificas y los festejos duraron muchas semanas: Raguel hubiera deseado que su yerno permaneciese por algun tiempo en su casa, y Tobías tampoco hubiera querido otra cosa; pero sus padres que estaban contando los dias desde su parti-

da, le esperaban con ansia, y debia tenerlos ya inquietos su ausencia. El buen Azarías se ofreció á ir él solo á cobrar el dinero de Gabelo, cuya residencia no estaba de allí muy distante, para que estuviesen juntos ese tiempo mas en la casa de Raguel; y así se verificó; mas habiendo vuelto Azarías, fué ya entonces indispensable ponerse en camino. Sara se despidió de su padre y de su madre, y siguió á su marido al país de su familia, llevando consigo algunos sirvientes y numerosos rebaños.

Ana entre tanto, la madre del jóven Tobías, viendo que no volvia su hijo, estaba cada vez mas inquieta y desconsolada. Iba todos los dias á sentarse sobre una roca desde donde podia mirar de lejos el camino; muchas veces iba y venia de aquel punto á la casa inútilmente, cuando una tarde al caer el sol distinguió por fin al hijo tan deseado que venia solo con Azarías, porque se habia adelantado á los demas, para llegar mas pronto. La pobre madre se puso á llorar de alegría, y apresurándose á bajar de la roca fué á anunciar una tan buena noticia á su marido. Levantóse al punto el ciego muy gozoso y tomando su baston se disponia á ir al encuentro de su hijo; pero como su muger se habia ido, no tenia quien le guiase, y en su enagenamiento menos encontraba el camino. Oye en esto los ladridos de un perro que llegó despues jadeando y moviendo la cola de alegría al reconocer á sus viejos amos; su hijo mismo se precipitó luego en sus brazos permaneciendo reclinado un gran rato contra su corazon. Cuando hubieron pasado aquellas primeras emociones, Azarías dijo á su jóven amigo: “Tomad la hiel del pescado á quien dísteis muerte y frotad con ella los ojos de vuestro padre.”

El anciano que se creia ciego para siempre, se dejó hacer esta operacion por mera complacencia; pero ¡oh milagro! la vista vuelve á él repentinamente, y exclama lleno de ternura y de asombro: “¡hijo mio! yo te veo ¡hijo mio! ¡mi querido hijo!”

A estas palabras el jóven Tobías abraza de nuevo á su padre, y ambos cayeron postrados de rodillas para tributar gracias al Cielo: aun permanecian en esta actitud humilde, cuando Azarías les dijo: “Yo no soy un hombre ni me llamo tampoco Azarias: soy el ángel Rafael; y el Señor es quien me ha enviado á vosotros para recompensar vuestras virtudes.” Despues de haber pronunciado estas palabras, se manifestó ante ellos tan brillante como el sol, y haciéndoles una señal de despedida con la mas plácida y dulce sonrisa, desapareció el mensajero celeste. Llenos de estupor no se atrevian á levantarse el jóven Tobías ni sus ancianos padres, permaneciendo tres horas con los rostros pegados al suelo, porque ellos no sabian ni cómo dar á Dios las gracias por las dichas sin iguales que en su bondad infinita les habia concedido.

El anciano Tobías vivió todavía mucho tiempo, y su hijo, modelo de

todas las virtudes, vino á ser el mas dichoso de los hombres, porque habia sido el mejor de los hijos.

Tambien vosotros, mis queridos niños, teneis un buen ángel que os acompaña, y que no os abandonará jamas. Este ángel es un amigo invisible que la Providencia os ha dado, para que os hable al corazon aconsejándoos el cumplimiento de vuestros deberes, y para que os reprenda tambien vuestras faltas. Sed pues dóciles á su voz, como lo fué Tobías á la del ángel Rafael bajo la apariencia de Azarías, y sereis tan dichosos como él lo fué.

ROBERTO SORBON,

FUNDADOR DE LA SORBONA.

I.

Ya no mas latin.

—“ EN verdad, padre mio, decia un jóven de doce años á un anciano venerable sentado á la puerta de una ermita situada sobre la falda de una colina que dominaba á la pequeña aldea de Sorbon cerca de Reims; —en verdad, que ya me cansa y fastidia el latin, y que mejor quisiera irme á jugar con mis amigos.

—No lo dudo, hijo mio, respondió con mucha calma el ermitaño.—Y bien! ve á jugar con tus amigos; tanto mejor para mí, porque tambien ya me canso y fastidio de enseñarte el latin; y preferiria estar rezando en mi breviario ó admirando á Dios en las obras de la bella naturaleza.”

El muchacho miró entonces al viejo con la mas ingenua admiracion.

—“ Os fastidiaba darme lecciones de latin? ¿Pues entonces por qué lo habeis hecho, padre mio?

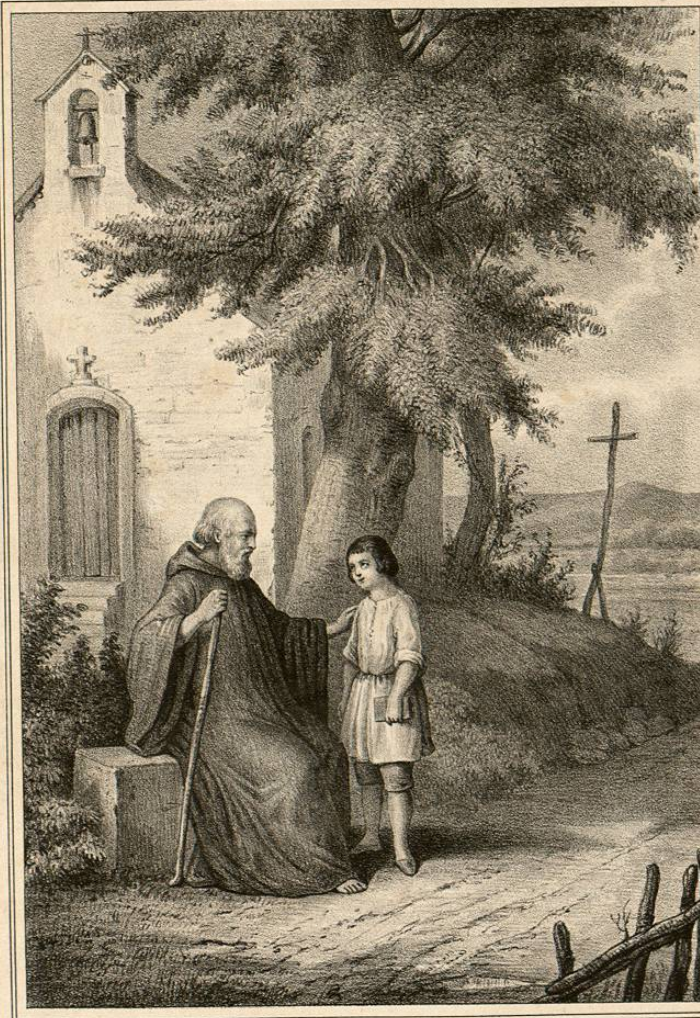
—¡ Ah! ¿ Por qué . . . ? porque era por tu bien, y nuestro Señor Jesucristo nos dice :—*Haz todo el bien que puedas.*

—¡ Ah! ¿ con que creiais hacerme bien? replicó el niño, despues de algunos instantes de reflexion. ¿ Y qué bien, quisiérais decirme, padre mio, es el que

—El de sacarte de esa situacion miserable en que te encuentras, lo mismo que tu familia, respondió el monge con dulzura. . . . Trabajando,

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.

Roberto Sorbon.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

Trabajando puedes llegar á ser Clérigo.